EDITORIAL

SUSAN WATKINS

ARENAS MOVEDIZAS

Las correlaciones entre los aniversarios y las coyunturas históricas suelen ser irónicas. Cuando hace cincuenta años, en enero de 1960, se fundó en Londres la *NLR,* era una de la multitud de pequeñas precursoras de la renovación de la izquierda. Las fuerzas anticolonialistas estaban alcanzando victorias en África, Asia y el mundo árabe; el movimiento comunista estaba saliendo de la camisa de fuerza de la ortodoxia estalinista; en América del Norte, Europa occidental y Japón surgía una nueva generación irritada por el conformismo de la cultura de la Guerra Fría. A mediados de la década de los años sesenta, la *NLR* había afianzado un programa para cartografiar estas tres zonas del mundo en una serie de estudios comparativos de las formaciones sociales nacionales que tenían un interés intrínseco por sí mismos. Claramente orientada hacia la teoría y la práctica europeas, la revista tuvo su papel en los intensos debates dentro del marxismo que acompañaron a los estimulantes días de 1968. Ayudó a abrir nuevos caminos sobre la liberación de la mujer, la ecología, los medios de comunicación, la teoría cinematográfica y el Estado.

En la década de los noventa, la revista sobrevivió en medio de un panorama internacional que en 1960 hubiera parecido una utopía pervertida de ciencia ficción: la política económica del Kremlin en manos de seguidores de Friedman; el secretario general del PCCh alabando el mercado de valores; Yugoslavia, el más pluralista y próspero de los Estados obreros, diezmada por las políticas de austeridad del FMI y sometida durante tres meses a una campaña de bombardeos por parte de la OTAN, campaña aplaudida en Occidente por la opinión liberal; los partidos socialdemócratas compitiendo por privatizar los activos nacionales y abolir las ganancias obtenidas por el movimiento obrero. El neoliberalismo reinaba a sus anchas, consagrando un modelo de flujos de capital y mercados financieros sin restricciones, de mercados de trabajo desregulados y de cadenas de producción integradas a escala internacional. En su cuatrigésimo aniversario, en la cúspide de la globalización y de la supremacía estadounidense, la *NLR* fue refundada por su comité editorial dentro de un espíritu de realismo inflexible: «la negativa a cualquier acomodo con el sistema dominante así como a cualquier subestimación de su poder»[1].

---

[1] Perry Anderson, «Renewals», *NLR* 1 (2000) [ed. cast.: «Renovaciones», *NLR* 1 (2000)].

Diez años después, la continuidad de la propia era neoliberal se ha puesto en duda por la erupción de una crisis financiera épica en el corazón del sistema. Durante las *grandes journées* de septiembre de 2008, Fannie Mae y Freddie Mac, las gigantescas instituciones estadounidenses situadas en el centro del mercado de títulos respaldados por hipotecas, fueron intervenidas por el gobierno después de que sus acciones hubieran perdido el 90 por 100 de su valor. Lehman Brothers quebró, Merrill Lynch fue obligada a punta de pistola a un matrimonio con el Bank of America, y HBOS con Lloyds TSB; un Citigroup tambaleante, cuyas acciones habían caído desde los 244 a los 6 mil millones de dólares, fue apuntalado con fondos del gobierno, mientras Washington Mutual era salvada de la suspensión de pagos por JPMorganChase. Goldman Sachs, Merrill Lynch, Deutsche Bank y la Société Générale fueron rescatadas en masa por enormes transfusiones del Tesoro hacia su aseguradora en quiebra, AIG. En los meses que siguieron, la producción mundial, el comercio, las acciones, el crédito y la inversión quedaron paralizados, mientras que el desempleo se disparaba hasta los dos dígitos por todo el hemisferio norte.

Los rescates de las instituciones financieras, que supusieron billones de dólares en ayudas directas e indirectas, pesarán sobre las economías nacionales durante los próximos años, sobre todo en Estados Unidos y el Reino Unido. Pero estas masivas intervenciones del Estado ¿fueron también la señal del fin del modelo neoliberal? Ideológicamente, la capacidad para crear riqueza de las altas finanzas ha sido uno de sus baluartes de legitimación. Había un sentimiento, no sólo en la izquierda, de que la crisis no podía hacer otra cosa que dejar desacreditado el propio paradigma; incluso de que podía haber asestado un severo golpe a la hegemonía estadounidense. La humillación de los gigantes de Wall Street –Paulson, secretario del Tesoro, ofreciendo ponerse de rodillas delante del Congreso en su nombre– parecía sugerir que el mundo se encontraba al borde de una nueva era. Desde entonces, el sistema financiero ha sido estabilizado, aunque ninguno de los problemas subyacentes ha sido resuelto. Pero, a pesar del torrente de literatura sobre la crisis, su significado histórico permanece oscuro. ¿Qué finalizó y qué no lo hizo en septiembre de 2008?

I

Cualquier respuesta necesitará empezar por situar la crisis en una perspectiva comparativa. Las crisis que han sacudido el mundo capitalista por completo han sido sorprendentemente raras, a pesar de la naturaleza destructivo-creativa del sistema; pero posiblemente 2008 podría contraponerse a la bancarrota de los ferrocarriles en 1873, al colapso de la Bolsa de Nueva York en 1929 o, como un caso límite inferior, al «gran pánico» de 1907. Sus consecuencias difieren ampliamente. En 1873, la recepción alemana de la indemnización por la Guerra franco-prusiana –90 millones de libras pagadas en oro– puso en marcha frenéticos *booms* inmobiliarios en

Berlín y Viena que absorbieron los fondos alemanes de las desbordadas compañías de ferrocarriles estadounidenses, lo que a su vez ayudó a hacer caer a los bancos del país. El contagio financiero se propagó y las recesiones que vinieron a continuación iniciaron una generalizada caída deflacionista –«una depresión de precios, intereses y beneficios»– que, salpicada por recuperaciones y nuevas recesiones ocasionales, se mantuvo hasta 1896[2]. En comparación, el «pánico del hombre rico» de 1907, resultado de fracasos especulativos de la banca en Italia y de la bancarrota de los ferrocarriles y el cobre en Nueva York, tuvo un impacto poco duradero sobre el comercio y la industria; después de una recesión corta y severa, la recuperación se produjo en el siguiente año. También diferente, la crisis de 1929 señaló una caída del comercio y la producción que conduciría a la Gran Depresión.

Una condición previa para un entendimiento más profundo de la crisis de 2008 será un concienzudo análisis comparativo, pero una investigación en esa dirección se encuentra más allá del alcance de este estudio. Lo que sigue a continuación tomará simplemente estas crisis anteriores como marcadores para un escaneo preliminar del panorama posterior a 2008, a fin de preguntarnos qué es lo que queda del neoliberalismo, como programa e ideología, y qué es lo que pertenece ya al pasado.

¿Neo?

Desde luego, «neoliberal» es un epíteto funesto, impreciso y sobreutilizado. Pero se necesita algún término para describir el paradigma macroeconómico que ha prevalecido desde finales de los años setenta hasta 2008, por lo menos. Hayek dijo una vez que, aunque él se consideraba un liberal clásico, el término neoliberalismo no era inapropiado, ya que el liberalismo había quedado tan abandonado en Occidente después del siglo XIX, que el regreso –aunque incompleto– a sus principios merecía el prefijo[3]. La variedad de finales del siglo XX tiene tres características que lo han distinguido de avatares anteriores del libre mercado. En primer lugar, su carácter estadounidense: desde Carter en adelante, el programa neoliberal ha sido desarrollado y propagado por instituciones dirigidas por Estados Unidos y postulado como una política internacional por ese mismo Estado. Las multinacionales y los gigantes financieros estadounidenses han estado entre sus principales beneficiarios y en muchas partes del mundo se ha sufrido como la americanización de economías, culturas y sociedades. En segundo lugar, sus enemigos: el acuerdo socialdemócrata de posguerra, el

---

[2] Alfred Marshall, *Principles of Economics,* citado en Eric Hobsbawm, *The Age of Empire, 1875-1914,* Londres, 1987, p. 36 [ed. cast.: *La era del imperio, 1875-1914,* Barcelona, Crítica, 1998]. Véase también Charles Kindleberger y Robert Aliber, *Manias, Panics and Crashes. A History of Financial Crises,* Basingstoke, Palgrave Macmillan, [5]2005, pp. 17, 44, 118-119.

[3] Desde luego, políticamente, a la mayoría de los neoliberales, con menos mentalidad histórica que él, nunca les ha gustado el término.

trabajo organizado y el socialismo de Estado. Mientras que el *laissez-faire* de la era victoriana intentó prevenirse ante un mundo de proteccionismo que se avecinaba, el genio del neoliberalismo ha radicado en la destrucción y expropiación de estructuras y bienes existentes: privatización de servicios públicos, desindicalización del trabajo, supeditación de beneficios universales a evaluaciones de recursos y supresión de aranceles y de controles del capital. Sus construcciones positivas han sido menos carismáticas: la OMC, el sistema bancario en la sombra, el condicionamiento de los beneficios sociales a un programa de incentivos al trabajo, el TLCAN.

Una tercera característica diferenciadora del neoliberalismo ha sido su éxito. El liberalismo del siglo XIX estaba asediado por todas partes por las relaciones de propiedad precapitalistas, por los aranceles imperiales y por un movimiento socialista en auge. En contraste, desde el fin de la Guerra Fría, la hegemonía del neoliberalismo ha sido casi universal y prácticamente todos los partidos gobernantes mostraron su adhesión; el término globalización tuvo que acuñarse para denominar el mismo conjunto de políticas a escala internacional. Cierto es que nunca ha sido una ideología en el sentido más amplio, una *Weltanschauung* compartida, capaz de interpretar la totalidad de la experiencia humana, sino algo más estrecho y más especializado: una creencia en la superioridad de un conjunto de políticas macroeconómicas sobre otras, legitimadas por sus éxitos relativos y deslegitimadas por el alto precio pagado por su aplicación o por sus fracasos. El neoliberalismo movilizó el entusiasmo de aquellos que podían contar las ganancias que obtenían de él, pero como programa electoral siempre necesitaba el calor añadido de algún brebaje ideológico: el nacionalismo (Reagan, Thatcher), la Tercera Vía del socialismo liberal (Clinton, Blair), la religión (BJP, AKP), etc. En América Latina ha sido rebatido desde abajo y en Alemania, Japón, Corea y China irregularmente aplicado; pero desde los años noventa la liberalizada economía estadounidense, con la conexión Departamento del Tesoro-Wall Street situada en su centro, ha sido el paradigma para el mundo.

Rescate

El relato oficial mantiene que una inimaginable crisis devastadora para este sistema fue evitada por la decisiva intervención del Tesoro y la Reserva Federal de Estados Unidos, cuya pronta actuación –el torrente de fondos públicos vertido en los bancos golpeados por la crisis, la ayuda fiscal y monetaria proporcionada a toda prisa a las estancadas economías– «salvaron el mundo»[4]. Una diferencia muy destacada entre la crisis actual y las anteriores a la Segunda Guerra Mundial radica en el grado de coor-

[4] La frase fue acuñada por Paul Krugman para describir los esfuerzos paralelos de Gordon Brown en favor de la City londinense: «Gordon Does Good», *The New York Times,* 12 de octubre de 2008.

dinación estadounidense de la economía mundial. A diferencia de sus predecesores, Paulson, Geithner y Bernanke podían disponer de un vasto y densamente integrado sistema financiero global. Gracias al tamaño del mercado de Estados Unidos y a la hegemonía del Tesoro sobre otros ministerios de Economía claves, pudieron orquestar las respuestas internacionales de una manera que Andrew Mellon o Montagu Norman no pudieron concebir. El rescate que realizó el Tesoro del Deutsche Bank y de la Société Générale, vía AIG, fue uno de los aspectos de esta realidad, siendo otro la dosis concertada de relajación monetaria y gasto contracíclico en los países capitalistas avanzados, que supuso una media del 2 por 100 del PIB para las economías del G-20.

Los paquetes de medidas de emergencia neokeynesianas contrastan brutalmente con la pureza liberal de Mellon, quien, como secretario del Tesoro de Hoover, abogó por dejar que el sistema se purgara a sí mismo[5]. Pero el «rescate» de 2008, dirigido a apuntalar el orden existente, difiere igualmente del programa de Roosevelt de «ayuda y reforma» encarnado por la Ley Glass-Steagall de 1933. Ha sido más parecido a una versión financiada por el Tesoro de las operaciones de rescate dirigidas por el propio sistema bancario y organizadas por J. P. Morgan durante el «gran pánico» de 1907, o por la Reserva Federal de Nueva York durante la crisis de LTCM en 1998. Como resultado, los grandes ganadores de la crisis de 2008 han sido los bancos. Con la excepción de Lehman Brothers, la conexión Tesoro-Wall Street se ha preocupado de sí misma. Después de un periodo de frenéticas fusiones, los bancos supervivientes son notoriamente más grandes que antes y todavía más esenciales para el sistema. Han recibido billones de dólares, de manera que, en buena parte, han eludido el escrutinio público, una de las razones por la que pudieron devolver tan rápidamente los fondos condicionales del Troubled Asset Relief Program (TARP). Han utilizado la generosidad del Tesoro para una rentable actividad con sus propias cuentas, beneficiándose de los bajos intereses de los fondos federales mientras cargaban intereses usurarios sobre los préstamos y tarjetas de crédito, a expensas de todos los demás. El plan de rescate de Geithner de marzo de 2009, que ofreció la reducción del valor de sus activos tóxicos provocada por la burbuja inmobiliaria a cambio de cosméticos exámenes de la viabilidad de las instituciones, señaló el punto de inflexión. Con él, políticamente, los bancos se habían salido con la suya; desde entonces, sus acciones han remontado el vuelo.

A pesar de estas intervenciones concertadas, los desplomes en la producción, el comercio y el precio de la vivienda y las acciones, en los dos trimestres posteriores a septiembre de 2008, fueron más pronunciados que

---

[5] Ch. P. Kindleberger y R. Aliber, *Manias, Panics and Crashes,* cit., p. 178. Recoge el famoso resumen que hacía Hoover sobre el «liquidacionismo de la no intervención» de Mellon. Kindleberger sostiene que la *Schadenfreude* de Washington ante los avasalladores banqueros de Nueva York, que por fin se llevaban su merecido, ayudó a determinar la política de abstención federal ante la quiebra de los ferrocarriles de 1873.

en 1929. La Unión Europea en su conjunto asistió en el primer trimestre de 2009 a un descenso anualizado de la producción del 10 por 100; la caída en Japón fue del 12 por 100. El pánico global, propagado incluso por el presidente de la Reserva Federal («el lunes puede que no haya una economía»), fue solamente un factor de contagio. Los bancos alemanes y japoneses estaban implicados en el mercado *subprime* de Estados Unidos, los fondos chinos en el amplio sector de la vivienda. Los países que habían copiado más fielmente la burbuja inmobiliaria de Estados Unidos se encontraron con sus propios estallidos, a medida que las ejecuciones hipotecarias aumentaban y el capital extranjero huía. Los bancos austriacos puestos en evidencia en Hungría o los alemanes en los Países Bálticos, tomaron drásticas medidas sobre el crédito en sus propios países. Los países productores de materias primas de África y América Latina, así como los exportadores industriales de Asia, se prepararon para la caída de la demanda de Estados Unidos[6].

Perspectivas

En el verano de 2009, la impresionante relajación presupuestaria y monetaria había empezado a frenar la contracción global. Sin duda, los pronósticos del FMI deben tomarse con reservas, después de sus alegres previsiones de abril de 2007, pero sugieren que el PIB de Estados Unidos se estabilizará desde el -2,7 por 100 en 2009 al 1,7 por 100 en 2010; el de la Eurozona, desde el -4,2 al 0,3 por 100, con Francia y Alemania mejorando ligeramente más, y Japón estabilizándose desde el -5,4 al 1,7 por 100[7]. Esto está en flagrante contraste con los años treinta, cuando la producción cayó continuamente durante cuatro años en América del Norte, gran parte de Europa y en América Latina, descendiendo en Estados Unidos un 29 por 100 entre el máximo y el mínimo[8]. Pero mientras la crisis entra en su segundo año, la perspectiva mundial es notablemente irregular. Entre los países capitalistas avanzados, los más golpeados han sido los que forman el núcleo de las economías atlánticas, Estados Unidos y Gran Bretaña, con sectores financieros desproporcionadamente grandes, pero también España, Grecia e Irlanda, donde han estallado el *boom* crediticio, las burbujas inmobiliarias, la deuda de los hogares y las instituciones financieras sobreapalancadas. Más desafortunada es Rusia, tras un masivo atra-

---

[6] FMI, *World Economic Outlook,* octubre de 2009; Carmen Reinhart y Kenneth Rogoff, *This Time is Different. Eight Centuries of Financial Folly,* Princeton, Princeton University Press, 2009, pp. 248-273.

[7] Las cifras y previsiones son del FMI, *World Economic Outlook,* octubre de 2009, y *Regional Economic Outlooks* para Europa, Hemisferio Occidental, África, Asia y Oriente Próximo, octubre de 2009. De acuerdo con estas estimaciones, el gasto de emergencia para contrarrestar el ciclo ha elevado el crecimiento en una media del 1,5 por 100 del PIB en las economías capitalistas avanzadas.

[8] C. Reinhart y K. Rogoff, *This Time is Different,* cit., pp. 234-236; Eric Hobsbawm, *Age of Extremes. The Short Twentieth Century, 1914-1991,* Londres, 1994, pp. 85-108 [ed. cast.: *Historia del siglo XX, 1914-1991,* Barcelona, Crítica, 2000].

ción de endeudamiento exterior por parte de sus corporaciones durante los años de los precios elevados del petróleo y del gas: el PIB cayó cerca del 10 por 100 en la primera mitad de 2009, la demanda interior bajó a la mitad y los niveles de producción industrial cayeron en picado un 40 por 100. El desempleo oficial se mantiene alrededor del 10 por 100 en Estados Unidos y la Eurozona, y del 18 por 100 en España; los empleos en la construcción, la industria y los servicios han sido golpeados. Los regímenes de empleo son uno de los pocos puntos de divergencia en la respuesta del G-20 a la crisis; en el este de Asia, Francia y Alemania, las empresas han retenido a los trabajadores; en las economías atlánticas, los índices de desempleo han subido un 5 por 100 de media. En Estados Unidos, los niveles de paro entre la población latina y menor de 25 años están en el 13 y el 18 por 100 respectivamente. Se trata de cifras tremendamente elevadas, aunque no lleguen a alcanzar los niveles de los años treinta –más del 20 por 100 de desempleo a largo plazo en gran parte de Europa y Estados Unidos–, si bien la situación es cualitativamente peor que la provocada por el *shock* posterior a 1907 o por las recesiones «normales».

Para las economías atlánticas, la perspectiva del FMI para los próximos cuatro años es, en el mejor de los casos, de una lenta recuperación, con un riesgo serio de nuevas desaceleraciones. Se avecina un retraimiento financiero y nuevas contracciones del crédito, con la deuda y el impago de hipotecas dispuestos a aumentar cuando finalmente suban los tipos de interés. Las más vulnerables son las periferias dependientes de estas zonas, con poco margen para una financiación deficitaria o para la protección del empleo. El crecimiento del PIB mexicano cayó en picado desde el 3,3 por 100 en 2007 hasta el -7,3 por 100 en 2009; las economías de América Central dependientes de remesas fueron diezmadas por el colapso del sector de la construcción en Estados Unidos. Europa del Este ha quedado expuesta a elevados niveles de deuda y a una escasa prestación social; las monedas luchan para mantenerse respecto al euro. Las repúblicas ex soviéticas han sido golpeadas por la caída de las remesas procedentes de Rusia. Es sobre todo en estas regiones donde los países han pasado por el tutelaje del FMI: Costa Rica, El Salvador, Guatemala; Letonia, Hungría, Bosnia, Serbia, Rumanía; Bielorrusia y Ucrania.

En el Este y el Sur el panorama es muy diferente. A caballo de un masivo gasto para contrarrestar el ciclo, China e India han repuntado con apenas un remojón a una tasa de crecimiento estimada para 2010 del 9 y el 6,5 por 100 respectivamente. Los enormes estímulos presupuestarios y monetarios –alrededor del 5 por 100 del PIB cada uno de ellos, tres puntos por encima de la media del G-20– se calcula que han añadido dos puntos porcentuales a sus cifras de crecimiento a corto plazo, y la inversión en infraestructuras de la RPCh está elevando las exportaciones de Indonesia y Australia. (Con un gasto para contrarrestar el ciclo más bajo, Corea y Taiwán anticipan un crecimiento del 4 por 100 en 2010, después de una profunda caída a principios de 2009.) El repunte de la producción industrial en China se ha producido mayoritariamente en los productos

electrónicos, los más afectados por la contracción comercial posterior a la crisis, pero, aunque el volumen de la producción ha vuelto a crecer, el valor de las exportaciones de la RPCh a finales de 2009 todavía estaba un 30 por 100 por debajo. El que estos niveles de crecimiento sean sostenibles sin la recuperación de Estados Unidos y la Unión Europea es algo que está por ver; los sectores intensivos en capital productores de bienes de alta calidad serán los más golpeados por la continua caída de las exportaciones. Mientras tanto, los precios de los activos inmobiliarios están en alza en Singapur, Hong Kong, India y China, donde el precio de la vivienda ha subido un 40 por 100 en 2008.

En América Latina, Brasil –respaldado, igual que India, por un gran mercado interior– está atravesando un pequeño *boom* con una subida especulativa de los precios de los productos: en 2009, el precio de la soja, una de las principales exportaciones, aumentó un 20 por 100. Las monedas basadas en mercancías –el real brasileño, el rand sudafricano, el dólar australiano– se han apreciado más de un 25 por 100. Sudáfrica y Botsuana sufrieron la salida de capitales a comienzos de 2009, y Nigeria está sufriendo por el colapso de una burbuja crediticia basada en el petróleo; pero muchos países africanos –Kenia, Uganda, Mozambique, Tanzania, Senegal– sufrieron más por los elevados precios de los alimentos y del petróleo entre 2007 y 2008 que por la crisis financiera. En todo el Sur, los países más pobres y menos integrados en el mercado mundial han salido relativamente ilesos en términos de producción, siendo los sectores textiles y de confección de bajo coste los menos afectados por la crisis comercial de principios de 2009. Pero aquí las burdas cifras de crecimiento no dan medida del impacto de los recortes en lo que ya es un ingreso de simple subsistencia.

Todavía es pronto. Pero, a comienzos de 2010, la «recuperación» parece claramente inestable: un Atlántico norte sin trabajo, con un sistema financiero lisiado en su centro; un Este burbujeante, a la espera de recalibrar la reducción de mercado para sus productos; una montaña de deuda todavía por pagar; los fondos especulativos sueltos por el sistema, produciendo subidas repentinas en el precio de los productos. Las finanzas están todavía entrampadas, mientras que la turbulencia se ha trasladado al Este y al Sur.

¿Liberalismo regulado?

Detrás del «rescate» se encuentra un notable grado de consenso del *establishment* sobre las causas de la crisis y las soluciones que deben ser aplicadas. Para esta perspectiva, la piedra de toque es que la economía de Estados Unidos estaba esencialmente sana antes de la crisis; los problemas se limitaban al sector financiero, aunque agravados por los desequilibrios globales del ahorro en el este de Asia y de la deuda estadounidense. Para Estados Unidos, la solución ahora es mantener en marcha la

economía, regular los bancos y establecer una política comercial agresiva. Una vez que se haya realizado esto y se restaure la austeridad presupuestaria –hay que reconocer que es una cuestión difícil–, no cabe duda de que surgirá una versión más sobria y sostenible del mismo mundo globalizado y liberalizado. Las principales diferencias están en las proporciones: un gasto para contrarrestar el ciclo insuficiente o demasiado abundante; una supervisión reguladora demasiado timorata o demasiado entrometida. Desde un punto de vista más analítico, las teorías de la eficacia del mercado y los modelos de agente representativo han sido criticados por no tomar en cuenta la naturaleza humana, la imperfección de la información o los incentivos perversos. Pero, de nuevo, la regulación es la respuesta[9]. Con la excepción de unas pocas voces solitarias que piden una limpieza del libre mercado[10], la convergencia del *establishment* sobre lo que se podría llamar liberalismo regulado parece casi completa. Los partidarios de otras «variedades de capitalismo» han enmudecido, quizá porque ahora también son reguladores liberales. Ésta es la perspectiva que tácitamente comunican la multitud de pormenorizados relatos de la crisis que principalmente se centran en su sector más glamouroso: los gigantes de Wall Street y los *hedge funds* de Mayfair y Connecticut[11]. Sin duda, a su debido tiempo aparecerán análisis alternativos, pero la actual unanimidad contrasta llamativamente con crisis anteriores, cuando los diagnósticos y las prescripciones se contestaban desde arriba y desde abajo: en 1873, el bimetalismo del populismo de las praderas, los aranceles comerciales y agrícolas o la expansión imperialista para encontrar oportunidades comerciales en el extranjero; en 1929, Keynes contra Schumpeter y las virtudes del plan quinquenal soviético.

Ideológicamente, el liberalismo regulador parece representar una inflexión del paradigma neoliberal más que cualquier ruptura con él. El término «regulación» tiene la ventaja de sugerir imparcialidad y neutralidad, pero, de hecho, es una línea dura del concepto económico liberal, como deja claro Giandomenico Majone, uno de sus principales teóricos contemporáneos. Propuesto en la década de 1880 como una manera de gestionar los ferrocarriles estadounidenses en manos privadas, la regulación siempre se ha contrapuesto a la nacionalización y a la propiedad pública. Asumidas por el Estado, por ello en beneficio del pueblo, este último puede verse sometido a múltiples demandas y expectativas: desarrollo económico, pleno empleo, equidad social, etc. Por el contrario, en un ré-

---

[9] Paul Krugman, «How did economists get it so wrong?», *The New York Times,* 6 de septiembre de 2009; George Akerlof y Robert Shiller, *Animal Spirits. How Human Psychology Drives the Economy, and Why It Matters for Global Capitalism,* Princeton, 2009. Véanse también Joseph Stiglitz, «The Current Economic Crisis and Lessons for Economic Theory», *Eastern Economic Journal* XXV, 3 (2009), y Jeff Madrick, «They Didn't Regulate Enough and Still Don't», *The New York Review of Books* 56, 17 (2009).

[10] James Buchan, «Is Britain Bust?», *Prospect* 161 (2009).

[11] Por ejemplo, Gillian Tett, *Fool's Gold. How Unrestrained Greed Corrupted a Dream, Shattered Global Markets and Unleashed a Catastrophe,* Londres, 2009.

gimen regulador, el Estado delega la responsabilidad a un tercero, que no tiene que rendir cuentas electoralmente. La lógica de la regulación es, por ello, «una creciente ruptura completa de la autoridad experta con la voluntad popular»[12]. Desde luego, en la práctica, los propios bancos están determinando los nuevos requerimientos reguladores. Los defensores de reformas tan modestas como una restaurada Ley Glass-Steagall, de la empresa pública, de una banca «estrecha» o de objeto limitado, se confiesan marginados: incluso obtener una audiencia a la vista de la «influencia de los grandes grupos de presión» de los grandes bancos –«un congresista, cinco miembros de un grupo de presión»– se convierte en una batalla cuesta arriba[13]. La sensación de continuidad a través de la adaptación, ideológica y programática, se resumía en un sermón del *Financial Times* en el vigésimo aniversario del triunfo del capitalismo en la Guerra Fría. Martin Wolf recordaba a los lectores que la gran virtud de la democracia liberal era su capacidad para aprender y adaptarse, desdeñando programas utópicos en pro de un bricolaje popperiano:

> En el caso de esta crisis, el fracaso no se encuentra tanto en el sistema de mercado en su conjunto sino en los defectos de los sistemas financieros y monetarios mundiales […]. Felizmente, los gobiernos y los bancos centrales han aprendido las lecciones de la década de 1930 y decidieron, correctamente, prevenir el colapso tanto del sistema financiero como de la economía. Ése es precisamente el tipo adecuado de «ingeniería social gradual»[14].

Los problemas subyacentes

Esa confianza parece fuera de lugar. Tanto en la década de 1870 como en la de 1920, los problemas de acumulación de capital en la economía real se encontraban detrás de las burbujas de los valores y la vivienda, y contribuyeron a prolongar las recesiones en caídas globales. La crisis de 1873 llegó después de dos décadas de sostenida expansión económica mundial, que vio cómo el desarrollo de Alemania y Estados Unidos alcanzaba a Gran Bretaña, poniendo fin a su ventaja como el único poder industrializado e iniciando una fase de competencia cada vez más intensa. Con los mercados de trabajo relativamente tensados, aunque fluctuantes, y trabajadores combativos, en gran medida la rivalidad entre empresas tomó la forma de deflación de los precios; aunque la inversión y la productividad

---

[12] Giandomenico Majone, *Regulating Europe,* Londres, Routledge, 1996. Para una discusión completa véase Perry Anderson, *The New Old World,* Londres, Verso, 2010, pp. 105-116. La cita, de Anderson, está en p. 107.

[13] John Plender, «How to tame the animal spirits», *Financial Times,* 30 de septiembre de 2009; véase también, John Kay, «Narrow Banking. The Reform of Banking Regulation», folleto del CSFI, Londres, 2009; Niall Ferguson y Laurence Kotlikoff, «How to take the moral hazard out of banking», *Financial Times,* 2 de diciembre de 2009.

[14] Martin Wolf, «Victory in the Cold War was a start as well as an ending», *Financial Times,* 11 de noviembre de 2009.

crecieron entre 1873 y 1896, los beneficios y los precios cayeron. A pesar de la dureza de la represión –Pinkertons en Estados Unidos, las leyes antisocialistas en Alemania–, para el movimiento obrero éstos fueron años de progreso, con el crecimiento de las organizaciones de masas de los trabajadores y el avance de la alfabetización y del sufragio; los salarios crecieron, en parte a través de la masculinización de la fuerza de trabajo y del «salario familiar», mientras los precios de los alimentos permanecían bajos[15]. En 1929, la situación era más irregular: durante la Primera Guerra Mundial y después de ella, la explosiva economía estadounidense crecía vertiginosamente gracias a la producción fordista de automóviles, los bienes de consumo duraderos y la electrificación, mientras que la producción continental colapsaba después de un breve resurgir tras la guerra; pero Estados Unidos estaba ya empezando a ir más allá de sus posibilidades cuando los niveles de producción europeos empezaron a subir desde mediados de los años veinte[16]. A finales de la década, los precios agrícolas en Estados Unidos se hallaban estancados y los salarios estaban estabilizándose; el *boom* de la vivienda había colapsado en 1926 y la consiguiente burbuja bursátil, que absorbió los fondos estadounidenses de Europa y América Latina –sumergiendo en conflictos a esas regiones incluso antes de la crisis–, fue propulsada por el dinero prestado. El papel del coloso estadounidense como destino de exportación para gran parte de las materias primas mundiales –el café de Brasil, la seda de Japón, el arroz del sur de Asia, la carne de Argentina– garantizaba que la subsiguiente cadena de quiebras de bancos y empresas, las liquidaciones de carteras accionariales, las deflaciones de los precios y las nuevas quiebras adquirieran proporciones globales[17].

¿Cuáles son actualmente las condiciones de acumulación de capital, oferta de trabajo y comercio mundial comparables? Los problemas de sobrecapacidad productiva ya eran evidentes a comienzos de los años setenta, cuando Estados Unidos vio cómo Alemania y Japón se adelantaban en un sector clave tras otro: textiles, acero, automóviles, maquinaria y productos electrónicos de consumo[18]. Desde entonces, numerosos nuevos centros de producción en Brasil, Corea del Sur, Taiwán, Tailandia y finalmente China, han vertido sobre el mercado mundial bienes competitivos. Al mismo tiempo, un debilitamiento histórico de la posición del trabajo y de la participación de los salarios en la economía mundial ha servido para

---

[15] E. Hobsbawm, *Age of Empire,* cit., pp. 34-62; Giovanni Arrighi, *Adam Smith in Beijing,* Londres, 2007, pp. 101-140, 193-210 [ed cast.: *Adam Smith en Pekín,* Madrid, Akal, 2007].

[16] El propio Hoover culpaba de la Depresión a la expansión de la producción fuera de Europa durante la guerra, sobre todo en Japón y Canadá: cuando la producción europea empezó a recuperarse, la capacidad se demostró excesiva para los precios de 1925. Véase Ch. P. Kindleberger y R. Aliber, *Manias, Panics and Crashes,* cit., p. 120.

[17] C. Reinhart y K. Rogoff, *This Time is Different,* cit., pp. 234-236; E. Hobsbawm, *Age of Extremes,* cit., pp. 85-108.

[18] Robert Brenner, *The Economics of Global Turbulence,* Londres, 2006, pp. 112-113 [ed. cast.: *La economía de la turbulencia global,* Madrid, Akal, 2009].

reducir la demanda relativa. La feminización de la fuerza de trabajo registrada desde la década de los setenta, factor esencial de la expansión del sector servicios, también ha traído un descenso de los salarios a todos los niveles. El desplazamiento de la industria desde los estados nororientales *(rust belt)* a los meridionales *(sun belt),* lejos de las tradicionales comunidades obreras, ha roto la continuidad generacional de la organización de los trabajadores. En el Sur, la aniquilación de la agricultura de subsistencia por la infinitamente mayor productividad de las empresas agroindustriales euroamericanas, un proceso acelerado por los programas del FMI, ha arrojado a cientos de millones de personas a la búsqueda de trabajo asalariado. La integración de India y China en la economía capitalista global ha traído al mercado de trabajo a 1.500 millones de trabajadores crónicamente mal pagados, doblando su tamaño y, en una estimación, reduciendo el ratio capital/trabajo al 55-60 por 100 de su nivel anterior[19]. La masiva entrada de trabajadores sin propiedades procedentes de la cocina, del campo y del colectivo, ha acrecentado los problemas de sobrecapacidad con los de un subconsumo relativo, provocando «una escasez sistémica de demanda efectiva»[20].

En estas condiciones, parecería que la reactivación de los beneficios en una economía sólo podría llegar a expensas de otras, ya fuera mediante la reducción de costes, la ampliación de los mercados o la alteración de los términos comerciales. En el comienzo mismo de la era neoliberal, el fracaso de la industria estadounidense para generar suficientes beneficios, a la vista de la creciente competencia de Alemania y Japón, fue en los años setenta la principal causa del incumplimiento por parte de Estados Unidos de los acuerdos de Bretton Woods sobre la conversión dólar-oro: Fort Knox estaba siendo vaciado tanto por las inversiones en el exterior de las corporaciones estadounidenses como por los galopantes gastos militares y sociales[21]. Las sacudidas de los tipos de cambio, como subproductos de las variaciones de los tipos de interés en Estados Unidos, desencadenaron gran parte de la turbulencia del periodo neoliberal. En 1979, la subida de Volcker-Carter, puesta en práctica para dominar la inflación e imponer la disciplina laboral en el país, llevó a la bancarrota a los endeudados países del Tercer Mundo y del Comecon, deteniendo los programas de desarrollo industrial. Las soluciones a la crisis impuestas por el FMI y el Banco Mundial en los ochenta fomentaron implacablemente nuevos programas de abolición de los controles externos de capital y de liberalización interna, ofreciendo a los grandes operadores financieros una bonanza de privatizaciones, al mismo tiempo que la entrada en escena de

---

[19] Richard Freeman, «The Challenge of the Growing Globalization of Labour Markets to Economic and Social Policy», en Eva Paus (ed.), *Global Capitalism Unbound. Winners and Losers from Offshore Outsourcing,* Nueva York, Palgrave Macmillan, 2007.

[20] Giovanni Arrighi, «Winding Paths of Capital», *NLR* 56 (2009), p. 82 [ed. cast.: «Las sinuosas sendas del capital», *NLR* 56 (2009)].

[21] Richard Duncan, *The Dollar Crisis. Causes, Consequences, Cures,* Singapur, J. Wiley & Sons, 2003, p. 10.

los fondos de pensiones y de los fondos de inversión condujo a una gran expansión del sector financiero en Estados Unidos. En 1985, el Acuerdo Plaza de Baker-Reagan devaluó el dólar para favorecer a los exportadores estadounidenses, arrojando a la recesión a las florecientes empresas japonesas y alemanas. El capital japonés se sumergió en una burbuja inmobiliaria sin precedentes. Después de su explosión en 1992, los fondos japoneses, frustrados por los reducidos beneficios en casa y los bajos tipos de interés en Estados Unidos, inundaron Corea, Tailandia, Malasia, Singapur, Taiwán y después China. Los Tigres del Sudeste asiático rugieron, produciendo los nuevos bienes electrónicos de los años noventa. Los inversores internacionales siguieron el ejemplo y los bancos locales se convirtieron en quioscos donde obtener crédito del exterior.

Desde principios de los noventa, el despegue en Oriente se desarrolló en completa simbiosis con la continua caída en las zonas centrales, mediada por el comercio, los bienes de capital y los flujos de inversión. A lo largo de la década de los noventa y comienzos de la siguiente, el crecimiento en Japón y Alemania fue apenas positivo, mientras que, en Estados Unidos, el *boom* de la «nueva economía» de mediados de esa década se demostraba pasajero. La estrategia de Clinton, diseñada por Goldman Sachs, se basaba en el efecto riqueza de los beneficios del sector financiero, que compensaban los pobres rendimientos de la inversión de capital y el estancamiento de los salarios; la errónea asignación sistémica del capital se convirtió en una virtud. Pero cuando el dólar se revaluó de nuevo a partir de 1995, la competitividad de las empresas estadounidenses empeoró. En 2000, los escasos beneficios empresariales condujeron al colapso de las acciones de las empresas tecnológicas. A partir de entonces, el crédito barato proporcionado por inversores extranjeros, sobre todo Japón y China, sirvió de premisa para sucesivas burbujas basadas en el endeudamiento[22]. Greenspan, en su lucha por mantener la economía estadounidense a flote, recortó drásticamente los tipos de interés del 6,5 al 1 por 100 a partir de 2001 y, durante los cuatro años siguientes, avivó el precio de la vivienda más del 50 por 100. Cuando amenazó con bajar en 2003, con las fuerzas estadounidenses abalanzándose sobre Iraq, espoleó el mercado de titulaciones *subprime*. Pero los índices de crecimiento de Estados Unidos continuaban cayendo: 3,6 en 2004, 3,1 en 2005, 2,7 en 2006, 2,1 en 2007, 0,4 en 2008. La creación de empleo nunca se recuperó de la recesión de 2000. Cuando Bernanke empezó a subir los tipos de interés en 2006 para estabilizar el dólar y dominar la burbuja, empezó el gran desmoronamiento[23].

---

[22] Para datos, véase Anton Brender y Florence Pisani, «Globalized Finance and its Collapse», Bruselas, 2009.

[23] Véase Robert Brenner, «What's Good for Goldman Sachs is Good for America», abril de 2009, al que este artículo debe mucho [ed. cast.: «Lo que es bueno para Goldman Sachs es bueno para Estados Unidos», «Prefacio», *La economía de la turbulencia global,* cit.]. También, R. Taggart Murphy, «In the Eye of the Storm. Updating The Economics of Global Turbulence», *Asia-Pacific Journal. Japan Focus*, 7 de diciembre de 2009.

Frente a este escenario se perfila la asombrosa transformación de la economía china, tanto cualitativa como cuantitativamente: en la actualidad es el mayor mercado automovilístico del mundo. En los próximos veinte años, el Consejo Económico Chino planea construir otras doscientas ciudades de un millón de habitantes cada una –aproximadamente el tamaño de Dallas– con impresionantes consecuencias sobre el crecimiento potencial de la inversión en infraestructuras, servicios y consumo. La fortaleza de la economía china es algo que está por ver y se demostrará a la vista de las presiones acumulativas que convergen sobre ella: la caída de los mercados en Estados Unidos, el aumento del precio de las materias primas y el exceso de liquidez de sus 600 mil millones de dólares del paquete de estímulos y del billón de dólares de la expansión del crédito posterior a 2008. Habida cuenta de su frenético índice de producción, parece difícil imaginarse cómo la RPCh puede evitar atravesar alguna clase de crisis recesiva a corto plazo, por muy temporal que pueda demostrarse.

Fricciones

Las perspectivas de cualquier estabilización y reequilibrio inmediato de la economía mundial dependen por completo de algún acuerdo –ya en marcha– entre Washington y Pekín, así como entre Berlín y Tokio. En el momento de escribir este artículo, Obama y Bernanke parecen estar poniendo en práctica un giro hacia la Reagannomics: un segundo Acuerdo Plaza para devaluar el dólar, eliminar la deuda mediante la inflación, recuperar ventaja competitiva en el comercio mundial y controlar el riesgo soberano frente a un acreedor importante, todo ello acompañado por déficits sin precedentes y expansión militar en el exterior. Hay varios factores que actúan en contra de esta estrategia. El primero es que cualquier nueva sacudida del crédito internacional o del riesgo soberano puede revaluar de nuevo el dólar, a medida que los fondos se encaminen hacia un refugio seguro. En segundo lugar, aunque los dirigentes de la Eurozona y Japón han expresado dócilmente su conformidad con las exigencias de Washington, por ahora Pekín está respondiendo con determinación al proteccionismo del tipo de cambio de Estados Unidos con el suyo propio; funcionarios chinos han pedido que la Unión Europea y la RPCh «actúen juntos» contra la política monetaria de Estados Unidos. Los consejeros estadounidenses han empezado a recordar el recargo del 10 por 100 sobre las importaciones que estableció Nixon y que a principios de los años setenta persuadió rápidamente a Japón y Alemania para aceptar una devaluación del dólar. Algunos están proponiendo ahora que el dólar sea suplementado por otras monedas, el euro, el yen o el yuan, para dejar libre la política económica estadounidense[24]. Pero si, como ha sugerido Marcello De Cecco, la economía mundial está mutando desde un «oligopolio co-

[24] C. Fred Bergsten, «The Dollar and the Deficits. How Washington Can Prevent the Next Crisis», *Foreign Affairs* 88, 6 (2009).

lusivo» a uno «competitivo», el alcance de las estrategias mercantilistas permanece condicionado por la interdependencia de las principales economías. Esto, también, es una nueva situación sin paralelo en el mundo anterior a la Segunda Guerra Mundial[25].

Sin embargo, sería un error equiparar toda retracción en la provisión de bienes económicos estadounidenses con una disminución acorde de la hegemonía de Estados Unidos. El apoyo al control de Washington del sistema político internacional –establecer amigos y enemigos, declarar la guerra y firmar la paz– y a las prioridades macroeconómicas estadounidenses no es la misma cosa, pero en la práctica se superpone: las mismas autoridades del Estado son responsables del levantamiento de los controles de capital o del recorte del gasto público así como de conceder derechos para establecer bases o apoyar las resoluciones del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. Las recompensas en una esfera refuerzan la obediencia en la otra. La economía de Estados Unidos ha estado durante décadas achicándose en proporción a la del conjunto mundial, desde cerca del 50 por 100 en 1945 hasta el 22 por 100 en 2008; pero, en virtud de la mayoría de los criterios, su influencia militar, política y cultural es mayor ahora que durante el siglo XX. Tampoco la Administración Obama ha dado marcha atrás en la estrategia de proyección del poder imperial que Washington ha promovido desde 1990 por medio de la Primera Guerra del Golfo, los Balcanes, Iraq y Afganistán. Por el contrario, no solamente ha ampliado la doctrina de Bush de la guerra preventiva como una prerrogativa de Estados Unidos, sino que ha conseguido tener éxito en darle carta de naturaleza. El informe de 2002 sobre Estrategia Nacional de Seguridad causó un gran malestar. En 2009, los asesores de Obama podían informalmente anunciar el rediseño del escenario afgano como AfPak sin que se moviera una ceja. Por ese motivo, al margen de sus mordaces denuncias de la doctrina de la «intervención humanitaria» como tapadera para la búsqueda del poder hegemónico, o la descripción de las posturas estadounidenses hacia la ley internacional como *he ze yong, bu he ze qi*, «utilizarla cuando se considere conveniente, ignorarla en caso contrario», la estrategia geopolítica de Pekín sigue siendo «construir el polo chino dentro de un mundo multipolar», no «alcanzarlo y superar al bello imperio». Las compañías petroleras chinas en Iraq y sus intereses mineros en Afganistán dependen de las fuerzas armadas de Estados Unidos. Todavía existe una poderosa superpotencia mundial. La era de transición no es un interregno.

Una de las principales razones del continuo fortalecimiento de la hegemonía estadounidense se encuentra en las victorias del proyecto neoliberal, que siempre implicó tanto una ideología como un programa. La primera

---

[25] Marcello De Cecco, «From Monopoly to Oligopoly. Lessons from the pre-1914 Experience», en Eric Helleiner y Jonathan Kirshner (eds.), *The Future of the Dollar*, Ithaca, Cornell University Press, 2009, p. 122.

tomó una serie de formas –monetarismo, thatcherismo, tercera vía del libre mercado, globalización triunfante– que han quedado atrás. Pero los efectos revolucionarios del programa, permanecen. En todo el mundo, las relaciones sociales han quedado reconfiguradas: el capital financiero separado de la industria nacional e integrado en circuitos globales de riqueza, decorados en los medios con nuevas elites; los *white-collar* en el sector público o privado sometidos a nuevas normas de mercado y compensados con activos financieros de poca envergadura; una clase obrera a dos niveles, con la mayor parte de sus jóvenes en el sector eventual, privados de alcance organizativo y de proyecto político. Quizá hasta ahora la característica más llamativa de la crisis de 2008 ha sido su combinación de agitación económica e inactividad política. Después de las crisis bancarias y monetarias de 1931, cayeron gobiernos por toda Europa, Gran Bretaña, Francia, España, Alemania; incluso en 1873 la administración Grant quedó paralizada por los escándalos de corrupción, después del desplome de los ferrocarriles, y el gobierno de Gladstone cayó. En 2008, las únicas víctimas políticas han sido el régimen de Haarde en Islandia y las autoridades de las islas Caimán. A medida que el desempleo crece y se imponen recortes en el gasto, es de esperar que surjan protestas más resueltas; pero, hasta la fecha, la ocupación de empresas o el secuestro de patronos se ha limitado mayoritariamente a exigencias de indemnizaciones por despido. El que la crisis neoliberal sea tan extrañamente poco agonística, en contraste con las enconadas batallas para su instalación, es una seria medida de su triunfo.

En su «Análisis de la situación», Gramsci distinguía claramente entre los desarrollos históricos «orgánicos» a largo plazo y los desarrollos «coyunturales» a corto plazo: «La coyuntura puede definirse como el conjunto de circunstancias que determinan el mercado en una fase dada»: «el conjunto de características inmediatas y efímeras de la situación económica». En 1933, continuaba advirtiendo: «puede descartarse que las crisis económicas inmediatas por sí mismas produzcan acontecimientos históricos». Como mucho, pueden crear un terreno más favorable para plantear ciertas cuestiones, pero el elemento decisivo en cada situación era el de las fuerzas organizadas preparadas para intervenir[26]. Mirando hacia atrás, las coyunturas de 1873 y 1929 pueden contemplarse como momentos de profundización de movimientos orgánicos en desarrollo: el primero, la intensificación de las rivalidades del capitalismo industrial, que finalmente produciría las colisiones interimperialistas de la Primera Guerra Mundial; en 1929, el explosivo pero desigual crecimiento de Estados Unidos, la dramática suerte de Alemania y el acelerado declive de Gran Bretaña, con el telón de fondo de una enconada lucha de clases.

Los movimientos orgánicos que subyacen a la coyuntura de 2008 incluyen, en primer lugar, la relación entre la ralentización a largo plazo de la ma-

[26] Antonio Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks,* Londres, 1971, pp. 177-185 [ed. cast.: *Cuadernos de la cárcel,* México DF, Era, 1985].

yoría de las economías avanzadas y el explosivo crecimiento de China; en segundo lugar, la continuada extensión del Estado imperial estadounidense y, por último, el deterioro global de la posición de los trabajadores. Políticamente, el desenlace de la crisis ha sido determinado por completo desde arriba: la conexión Departamento del Tesoro-Wall Street ha ampliado su dominio y asegurado que el coste total corra a cargo de éstos. El resultado es un mayor empeoramiento de las condiciones del trabajo, por encima de todo en las zonas económicas centrales y sus periferias. Ideológicamente, el triunfalismo de las grandes finanzas puede quedar silenciado por ahora. Pero aunque el paradigma neoliberal esté atravesando una mutación hacia el liberalismo regulador, sus principales componentes permanecen en su sitio: movimientos de capital sin ninguna atadura, la propiedad privada y el valor para el accionista siguen siendo los objetivos.

Sin encontrar oposición, el programa neoliberal ha avanzado realmente a través de la crisis, los rescates de bancos han supuesto una expropiación mayor que nunca. Sin embargo, la masiva transferencia de riqueza desde el trabajo al capital, que ha traído la «gran moderación» del neoliberalismo, ahora puede estar empezando a socavar el propio sistema. Apuntalarlo con beneficios especulativos basados en el crecimiento perpetuo solamente puede ser una solución provisional, aunque el eje Tesoro-Wall Street sea políticamente incapaz de concebir cualquier otra. En cuanto al trabajo, puede encontrarse a varias generaciones de distancia de reconstruir una alternativa hegemónica que pudiera inclinar o transformar el mundo a favor de los miles de millones que trabajan. En la RPCh, Occidente encuentra una *Weltanschauung* diferente; pero la clase, o la casta, dirigente china ha cosechado grandes éxitos con el neoliberalismo globalizado. Las afirmaciones de que el PCCh está a favor de un mundo más equitativo están socavadas por enormes desigualdades nacionales.

Futuros

¿Ofrece la historia algunas pistas de lo que puede ser a largo plazo el resultado de la actual crisis? Después de la crisis de 1873, la rentabilidad general volvió en 1896 sin una mayor depresión, aunque la larga crisis agrícola ayudó a relajar en las ciudades el mercado de trabajo. La expansión imperial ayudó a encontrar nuevas salidas para los productos –en 1896 prácticamente todos los Estados y territorios independientes que quedaban en África y en el Pacífico habían sido sometidos a un gobierno metropolitano– y el rearme a escala industrial se puso en marcha. A escala nacional, las grandes firmas financieras construyeron grandes concentraciones de capital. Las corporaciones y los cárteles intervinieron directamente para detener la deflación. Las innovaciones tecnológicas y organizativas que darían forma a la *belle époque* fueron incubadas durante la caída de la alta inversión: el cine, el sonido grabado, el motor de combustión interna y la generación de electricidad a gran escala; la corporación, el taylorismo, la publicidad, los grandes almacenes y los mercados

de consumo de masas. La plena recuperación después de la Gran Depresión solamente llegó con el rearme para la Segunda Guerra Mundial, primero en Alemania, después en Estados Unidos, donde la masiva inversión industrial desencadenó las condiciones para el *boom* de la posguerra. De nuevo, los grandes avances que darían forma a la siguiente era –plásticos, tubos de rayos catódicos– ya se habían producido. En cuanto a la política mundial, las elites estadounidenses extrajeron la lección de las décadas de 1920 y 1930 y planearon decididamente un papel hegemónico, preparando la arquitectura internacional de la era de la posguerra.

En una reciente contribución, Gopal Balakrishnan ha sostenido que, contrariamente a las expectativas de que por fin se produzca en la década actual la esperada purga y la consiguiente reestructuración económica seguida después de la recuperación, el momento de crecimiento en las regiones más avanzadas puede estar agotándose para todas ellas[27]. Desde este punto de vista, una crisis coyuntural de acumulación está convergiendo con caídas a largo plazo, ocasionadas por sociedades canosas y por el cambio hacia economías de servicios y de baja productividad. La revolución de la Nueva Economía se demostró un mito –tecnología de la información, la carga contenerizada, la producción posfordista y las cadenas de suministro «no tuvieron lugar estadísticamente»– al igual que las ideas de una fase de acumulación centrada en China, ya que ésta no ofrece ninguna organización de las fuerzas productivas ni nueva ni más avanzada, sino solamente una diseminación más amplia de la planta industrial existente. Recurriendo al diagnóstico de Brenner en *La economía de la turbulencia global* sobre un declive a largo plazo de las tasas de retorno de la inversión de capital, Balakrishnan especula con que 2008 puede ser el «fin de la línea» del crecimiento basado en desequilibrios de las balanzas de pagos, las burbujas del precio de los activos y la creación de deuda. En ausencia de una sacudida schumpeteriana de largo alcance, el mundo capitalista parece moverse hacia un «estado estacionario».

Rebatiendo esos escenarios, Michel Aglietta ha enfatizado el potencial chino de crecimiento todavía sin realizar, mientras que Nicholas Crafts y Kozo Yamamura han señalado que las oleadas de progreso tecnológico no están necesariamente determinadas por los niveles de rentabilidad: la década de los años treinta asistió a grandes avances tecnológicos. El aumento de participantes puede conducir, como en la década de 1870, a una mayor inversión e innovación[28]. Las razones por las que, en los años noventa, la tecnología de la información y los semiconductores fracasa-

---

[27] Gopal Balakrishnan, «Speculations on the Stationary State», *NLR* 59 (2009) [ed. cast: «Especulaciones sobre el estado estacionario», *NLR* 59 (2009)].

[28] Véase el simposio sobre el trabajo de R. Brenner, *La economía de la turbulencia global:* Nicholas Crafts, «Profits of Doom»; Michel Aglietta, «A New Growth Regime»; Kozo Yamamura, «More System, Please!», *NLR* 54 (2008) [ed. cast.: N. Crafts, «¿Los beneficios del juicio final?»; M. Aglietta, «Hacia un nuevo régimen de crecimiento»; K. Yamamura, «¡Más sistema, por favor!», *NLR* 54 (2009)].

ron en llevar a cabo una revolución productiva todavía no están claras; Crafts sugiere que su peso en el conjunto de la economía era demasiado pequeño debido a la concentración en industrias de servicios de baja productividad. Pero la lógica de estos argumentos sugiere la posibilidad de un resultado no estacionario, aunque después de nuevos años de turbulencias depresivas y estallidos de burbujas. Las visiones de un gran avance en el campo del silicio sintético que llevará la energía solar al Sur global, revolucionará el transporte y fomentará el oro verde de los programas de desalinización, que transformará la subida de los océanos en proyectos de riego, son claramente improbables. Pero hay un espacio evidente para la expansión de un mercado de consumo de productos de bajo coste que abastecería a las poblaciones rurales de China e India: los cientos de millones atrapados en los márgenes de la fuerza de trabajo mundial de ninguna manera están fuera de los circuitos del consumo global. Los ranchitos de las favelas brasileñas, sin alcantarillado y sin ningún miembro de la familia con empleo, alardean de televisores y microondas comprados a un coste abusivo por medio de inacabables planes de venta a plazos, cortesía de la *bolsa família*. El Estado ha desempeñado un papel incondicional durante toda la era neoliberal en promover las condiciones sociales para la acumulación de capital[29]; no hay ninguna duda de que lo podría hacer para involucrar poblaciones en la red del mercado mundial. Pero ya sea que el futuro nos traiga una caída continua o un relanzamiento de la economía mundial, la ley de las consecuencias inesperadas –el capital japonés finalmente desviado a los Tigres del sur de Asia y a China tras el Acuerdo Plaza– es de suponer que continuará aplicándose mientras las últimas operaciones de recuperación se pongan en marcha.

II

¿Cuáles son las implicaciones de la crisis del neoliberalismo para el programa de publicaciones de la *NLR*? Su relanzamiento hace diez años escandalizó a muchos al pedir a la izquierda una lúcida admisión de la derrota. Anderson señalaba: «Todavía no hay en el horizonte ninguna agencia colectiva que pueda compararse al poder del capital»; en el campo de las ideas «por primera vez desde la Reforma no hay ninguna oposición significativa –es decir, perspectivas rivales sistemáticas– en el pensamiento occidental sobre el mundo»[30]. Esos juicios siguen en pie. Seguir el desarrollo del capitalismo realmente existente sigue siendo, de hecho, el primer deber para una revista como *NLR*. Por diferentes caminos, Robert Brenner escribiendo sobre los tambaleos de la economía de Estados Unidos como motor mundial, Robin Blackburn y Robert Wade sobre la intermediación financiera, y Andrew Glyn sobre el desequilibrio global,

---

[29] Göran Therborn, «The Prospects of Labour and the Transformation of Advanced Capitalism», *NLR* 1/145 (1984). Una referencia clave para valorar el papel del Estado a través de veintitrés economías de la OCDE en la primera década del neoliberalismo.

[30] Perry Anderson, «Renewals», cit., p. 17.

han planteado cuestiones fundamentales para investigaciones futuras. Slavoj Žižek, en «La perspectiva *parallax*», insiste en que la crítica radical tiene que tener presente tanto el consumo como la producción. Desde el punto de vista del Sur, Giovanni Arrighi con «La crisis africana» y Mike Davis con «Planeta de ciudades miseria» abren extensas áreas para nuevas investigaciones. En los próximos años, una prioridad para la revista debería ser una nueva tipología de los resultados del desarrollo en la era de las finanzas globales. Otra es un mapa del proletariado global –localizaciones, sectores, diferencias– sensible a las creaciones y destrucciones contemporáneas de clase.

En los últimos años, los trabajos de Arrighi «El desmoronamiento de la hegemonía» y de Anderson «Apuntes sobre la coyuntura» han ofrecido análisis contrastados del orden político mundial; para Arrighi, se trata de una crisis de los recientes intentos estadounidenses para imponer un nuevo régimen imperial y de la posible emergencia de China como alternativa al liderazgo de Estados Unidos en Asia oriental y más allá; para Anderson, un concierto de potencias, dentro del cual diferentes Estados pueden pujar por la preeminencia y que se mantiene unido por un único Estado predominante. Para ambos, hasta qué punto la RPCh representa un sistema diferente es, en diferente medida, algo cuestionable[31]. Para la *NLR,* esto sigue siendo un tema central de debate y exploración. Hay una gran cantidad de trabajo por hacer sobre los nuevos procesos de gobierno capitalista liberal, sus formas y sus legitimaciones: la investigación empírica, que podría poner a prueba los resultados de Peter Mair sobre el vaciado del sistema parlamentario en Europa occidental frente a la tercera oleada de democracias liberales en América Latina, África y Asia; análisis conceptuales, como los de Chico de Oliveira sobre la *étatization* del PT en Brasil, de Cihan Tuğal sobre la *otanización* del AKP turco, o la incisiva tipología de los nacionalismos de Wang Chaohua, especialmente en China y Taiwán. Tom Nairn y Lutz Niethammer han planteado cuestiones adecuadas sobre la identidad social posnacional. Teorizaciones de largo alcance como las de Wang Hui en «Política despolitizada», analizando las neutralizaciones contemporáneas a través de las lentes del corto siglo revolucionario de China, o de Luciano Canfora sobre las «constituciones mixtas» de oligarquías capitalistas, exigen un compromiso crítico del mismo nivel. Los enconados debates en el campo de la sociología política durante los años sesenta y setenta suscitaron una serie de nuevas percepciones sobre las elites en el poder en aquel momento; otra prioridad es el análisis de la hoy en día famosa y fluida clase dirigente estadounidense, su reproducción, el cambio de sus respectivos componentes y sus mediatizadas relaciones con el Estado imperial.

---

[31] La respuesta positiva de G. Arrighi en *Adam Smith in Beijing,* cit., pp. 351-378, fue reconsiderada en «Winding Paths of Capital», *NLR* 56 (2009), pp. 79-80, 84-86, 88-89 [ed. cast.: «Las sinuosas sendas del capital», *NLR* 56 (2009)]. Para el análisis de Anderson, véase «Dos revoluciones», incluido en la presente *NLR*.

El seguimiento de *NLR* sobre cuestiones ecológicas ha sido, como mínimo, errático: intervenciones aisladas aunque altamente originales –«Critique of Political Ecology», de Hans Magnus Enzensberger; «Meat-Oriented History of the World», de Alexander Cockburn; «The New Agenda», de André Gorz– intercaladas con largos periodos de silencio. Esto debe cambiar. Hay muchos y diferentes registros que explorar aquí: síntesis empíricas; intervenciones programáticas[32]; análisis políticos: los partidos verdes, acérrimos defensores de las guerras de la OTAN, esperan una biografía crítica. Con el programa del movimiento desmembrado (reciclaje, ingeniería genética, forestación) y reducido a medidas aceptables para las cumbres mundiales, quizá sólo la especulación utópica puede volver a concebir la totalidad ecológica de las relaciones sociales, económicas y medioambientales. Con ese espíritu, Mike Davis vuelve a visitar, en este número, los sueños constructivistas de ciudades más verdes. Igualmente irregular ha sido el seguimiento hecho por la revista de temas sociales, especialmente sobre lo que una vez fue la cuestión de la mujer. De nuevo, el movimiento hacia la derecha en la mayoría de las discusiones sobre este tema deja grandes áreas sin explorar. No ha habido ningún balance, adecuadamente global, sobre los cambios históricos en la división del trabajo y sobre el estatus entre los sexos, ni ninguna explicación satisfactoria de cómo y por qué se produjeron. Los trabajos de Hester Eisenstein y Nancy Fraser sobre las afinidades electivas de la segunda ola feminista con el capitalismo neoliberal son puntos de partida esenciales[33].

La *NLR* debe mucho al trabajo de Fredric Jameson para entender la cultura capitalista contemporánea como fenómeno histórico; a partir de ahí se abre un conjunto de campos: entorno construido, el reino de la imagen, las posibilidades de ruptura literaria o utópica, lecturas de trabajos específicos. En la propia práctica cultural, los puntos de Arquímedes desde los que todavía se puede poner en el punto de mira al sistema como conjunto, se encuentran principalmente en sus periferias: realizadores cinematográficos y documentalistas que trabajan fuera de los entramados de los estudios de las multinacionales, escritores orientados a un público lector y no a un mercado. Las interpretaciones de Roberto Schwarz sobre la poesía minimalista de Chico Alvim o la épica de Paulo Lin sobre la neofavela son ejemplos sobresalientes de una profunda conciencia social y de una elevada inteligencia crítica llevada a las más finas instancias de estas formas. Futuros números de la revista seguirán los desesperados puntos muertos del mundo árabe a través de la mirada desilusionada de sus jó-

---

[32] Un ejemplo de las primeras sería la investigación de Kenneth Pomeranz sobre la escasez de agua en Asia, «The Great Himalayan Watershed», *NLR* 58 (2009) [ed. cast.: «La gran cuenca del Himalaya», *NLR* 58 (2009)]; de las segundas, el trabajo de Aubrey Meyer sobre los presupuestos per cápita del carbón en el Global Commons Institute.

[33] Hester Eisenstein, *Feminism Seduced. How Global Elites Use Women's Labor and Ideas to Exploit the World,* Boulder (CO), 2009; Nancy Fraser, «Feminism, Capitalism and the Cunning of History», *NLR* 56 (2009) [ed. cast.: «El feminismo, el capitalismo y las astucias de la historia», *NLR* 56 (2009)].

venes escritores, y los trascendentales levantamientos sociales en China a través de su filmografía exterior. *NLR* espera publicar nuevas exploraciones de mundos radicales pasados y futuros –las conexiones transoceánicas que recoge Benedict Anderson entre vanguardias, anarquismo y la imaginación anticolonial son un ejemplo asombroso–, así como relecturas del canon: Eagleton sobre Beckett, White sobre Tolstoi, Plaks sobre Cao Xueqin, Wood sobre Platonov o Moretti sobre Ibsen.

Cuando se fundó la revista, como vívidamente evoca Stuart Hall en este número, forjar una «nueva izquierda» era un proyecto práctico inmediato; en la segunda década del siglo XXI, es un proyecto de *longue durée*. Pero la revista todavía puede pensar en cómo prefigurar la cultura intelectual general que una izquierda eficaz –por ello pluralista e internacionalista– requeriría. Por definición, semejante movimiento defendería las condiciones para una cultura crítica más amplia y rica, una práctica política más comprometida y una economía más consciente; sería tan obstinada y tendría la misma determinación que el poder al que se enfrenta. Por muy teórico que sea, éste es el horizonte que hay que tener presente hasta que un estrato más joven pase al primer plano. En sus primeros años, la revista se benefició mucho del solapamiento de las generaciones políticas de los dos periódicos que se unieron para fundarla como un proyecto conjunto. Los editores de *New Reasoner,* nacidos en los años veinte, lucharon en la Segunda Guerra Mundial y adquirieron su educación política principalmente a través del PCGB. Los escritores y críticos jóvenes alrededor de *Universities and Left Review* estaban más en sintonía con las nuevas corrientes culturales y con la rebelión social. En la actualidad, el solapamiento generacional llega mucho más lejos, y esta sociedad cada vez más longeva ofrece un inesperado regalo a la izquierda. Hobsbawm, Hall y otros comparten las páginas con escritores que no habían nacido en 1960: Malcolm Bull en los campos de la estética y la filosofía; Gopal Balakrishnan, Dylan Riley o Benno Teschke sobre la teoría política; Zhang Yongle sobre la historia intelectual china; Tony Wood y Forrest Hylton sobre Rusia y América Latina; Cihan Tuğal y Ece Temelkuran sobre Turquía; Kasian Tejapira sobre Tailandia; Peter Hallward sobre Haití; Sebastian Budgen o Alexander Zevin sobre Francia; Tom Mertes y Naomi Klein sobre los nuevos movimientos sociales; Sven Lütticken, Julian Stallabrass y Emilie Bickerton sobre las artes visuales.

En cualquier caso, el contraste intergeneracional es más extremo ahora de lo que era en 1960. Los editores que pasaron por la revista en sus primeras décadas alcanzaron la madurez en una cultura y en una esfera pública nacionales todavía fuertemente delineadas en las que las clases sociales eran realidades tangibles; adquirieron su ritmo intelectual a mediados de los años sesenta, una época de intensas responsabilidades para la izquierda, en la que la victoria parecía estar al alcance de la mano; las posiciones se forjaron y sostuvieron dentro de un medio altamente politizado e internacionalista. En la actualidad, los jóvenes escritores han crecido en entornos culturales e intelectuales mucho más despolitizados, estruc-

turados por el mercado y mediatizados, para bien o para mal, por formas electrónicas de sociabilidad. Las llamaradas de protestas han sido efímeras; todas las movilizaciones que han conocido –altermundialistas, sobre el cambio climático, manifestaciones contra la guerra de Iraq– han acabado en derrota. Pero quizá la misma rareza de un foro de la izquierda serio en estos tiempos hace que una revista como *NLR* sea más valorada. El mundo intelectual occidental está cada vez más modelado por estructuras de riqueza y poder centradas en el Atlántico. Las disciplinas universitarias –relaciones internacionales, economía, derecho, ciencias sociales, estudios regionales– derivan su currículo de las cada vez más estrechas perspectivas de las necesidades de sus dirigentes. Un marxismo académico neutralizado corre el riesgo de ser el reflejo involuntario de esta tendencia. La *NLR* se encuentra fuera de ese mundo, define su propia agenda. ¿Puede esperar un proyecto intelectual de izquierda prosperar en ausencia de un movimiento político? Es algo que está por ver. Pero, mientras tanto, tendrá abundancia en su plato.